

cia del rey la desavenencia entre su virey y el arzobispo: reconoció por sí mismo las razones de uno y otro, y persuadido á que los derechos del sacerdocio no era justo que se confundiesen con los del imperio, falló á favor de las justas pretensiones de Sto. Toribio. A esta contradiccion se siguieron otras muchas sobre diversos puntos que interesaban á la inmunidad eclesiástica. Pero como Toribio habia fijado su alma sobre el firme fundamento de una virtud sólida, y no eran sus propios intereses el móvil de sus acciones, sino la honra y gloria de Dios, este Señor le llenó de una admirable paciencia para sufrir todas las adversidades, y de una fortaleza superior á todas las contradicciones. Pacificadas éstas, se dedicó con todo ardor á cumplir las funciones de su ministerio. Edificó monasterios á las esposas de Jesucristo: destinó lugares de piedad para las doncellas, cuyo honor peligraba: dispuso hospitales y hospicios para la manutencion de los huérfanos y curacion de los enfermos. Las rentas de su obispado, que eran cuantiosísimas, no tenían otro destino que el seno de los pobres, en donde sabia que no se las habia de robar el ladrón, sino que antes bien las habia de hallar multiplicadas. Un trabajo incesante, y un cuidado continuo sobre su propia santificacion y la de sus prójimos, eran dos ejes sobre que rodaba toda la vida de este santísimo prelado.

Desde el punto que tomó sobre sus hombros tan penosa carga, se propuso conocer á todas sus ovejas una por una, si fuese posible. A este fin emprendió tres veces la visita de su obispado, haciendo las dos completas, y dejando la tercera comenzada por haberle faltado la vida. Caminaba inmensos espacios cubiertos por todas partes de selvas espesas, de pantanos peligrosos, y horrosos precipicios. Nada arredraba la encendida caridad de este santo prelado, ni los montes intrincados, ni las montañas inaccesibles, ni la fiereza y barbarie de las gentes. Superior á todo buscaba sus ovejas en las quebradas y grutas, en donde vivian á manera de fieras: allí las enseñaba, allí las agasajaba, y daba por bien empleados los repetidos peligros de la vida que habia padecido, por tener el consuelo de haber visto sus ovejas, y haberlas encaminado por sí mismo á la grey de su verdadero pastor, que es Jesucristo. Ya habia consumido este admirable varon cerca de setenta años en una vida irrepreensible, y era justo que el eterno Remunerador le llamase á darle el premio debido á sus merecimientos. Pero así como al buen capitán debe cogerle la muerte con la espada en la mano, así tambien al buen obispo debe faltarle la vida mientras la está empleando en beneficio de sus ovejas. Habia salido de Lima Sto. Toribio haciendo la ter-

cera visita de su obispado. Llegó cerca de Saña estando ya próxima la semana santa, cuyas augustas ceremonias queria celebrar allí por sí mismo. Persuadiéronle que pasase á Trujillo, por cuanto el primero era un lugar poco sano por causa de los calores escesivos. El Santo despreció este peligro, que le pareció remoto; y dirigiéndose á Saña, antes de entrar en el pueblo se sintió con calentura. Agravándose la enfermedad, le mandaron los médicos comer carne; pero como era semana santa lo rehusó cuanto pudo, hasta que se lo mandaron en conciencia. Viendo los médicos que era su muerte inevitable, ordenaron que se le diese esta noticia para que hiciese sus disposiciones, lo cual ejecutó un capellan suyo. Lejos de entristecerse con la nueva, exclamó con aquellas palabras del salmo: *Regocijado me he con las cosas que me han sido dichas: irémos á la casa del Señor*; y al que le dió la noticia mandó que le diesen las albricias, que muy de antemano tenia prometidas al que le anunciase la muerte. Dispúsose á ésta, mandando hacer una justa reparticion de todo cuanto tenia, sin escluir el utensilio mas despreciable, entre los pobres de todas clases, á quienes llamaba sus acreedores. Confesóse con grande compuncion y lágrimas; y diciendo que era indigno de que el Señor le visitase en su casa, hizo que le llevasen á la iglesia en una camilla, y allí recibió el Viático con tal devocion, que todos quedaron enternecidos. Vuelto á su casa recibió la Estremauncion, exhalando ardientes suspiros entre frecuentes actos de contricion. Repetia muchas veces aquellas palabras de S. Pablo: *Deseo ser desatado y estar con Cristo*, consolando incesantemente á sus familiares, que lloraban su muerte con amargura. Dia de jueves santo á la misma hora que solia lavar los pies á los pobres, pidió al prior de S. Agustin que le cantase el salmo: *In te, Domine, speravi*; y al llegar aquellas palabras: *En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu*, exhaló su alma bienaventurada con aquella dulce tranquilidad con que mueren los justos. Sucedió su dichoso tránsito en el año de 1606, á los sesenta y ocho de su edad, y veinte y cinco de obispado. Su cuerpo quedó tratable y hermoso, y fué enterrado en la iglesia catedral con una pompa, concurso y aclamaciones admirables. El Señor manifestó bien pronto la santidad de su siervo por medio de infinitas maravillas; y habiéndose hecho las diligencias necesarias para la justificacion de sus virtudes en grado heroico, y de los milagros con que testificó Dios su santidad, fué beatificado por el papa Inocencio XI, y Benedicto XIII le canonizó después en el año del Señor de 1726.



## SANTA CITA Ó ZITA, VÍRGEN.

No hay estado en el mundo, no hay condicion tan oscura ni tan abatida en que, con la asistencia de la divina gracia, no se pueda arribar á una eminente santidad. Prueba ilustre de esta verdad es Sta. Cita.

Nació Cita de padres humildes y pobres pero temerosos de Dios al principio del siglo XIII en una aldea llamada Monsagradi, poco distante de la ciudad de Luca. Los desvelos de la virtuosa madre en criarla en el temor santo de Dios fructificaron fácilmente en aquel tierno corazon, que parecia como nacido para la virtud, por estar lleno de inclinaciones naturalmente piadosas. Hechizaba á todos la dulzura de su genio y su modestia; hablaba poco, trabajaba mucho, y solo interrumpia la labor para entregarse á la oracion. Siendo niña, la bastaba oír que alguna cosa era ofensa de Dios, para mirarla con horror por toda la vida; ni su madre necesitaba valerse de otros términos para enseñarla y para corregirla: *Dios manda esto; Dios prohíbe aquello;* en estas dos palabras se comprendia todo para ella.

Siendo de doce años la pusieron á servir en casa de un ciudadano de Luca, llamado Fatinele, que vivia contiguo á la iglesia de S. Frigidiano. Consérvase esta casa hasta el dia de hoy con singular veneracion, adornados todos sus cuartos de ricas y primorosas pinturas que representan las principales acciones y virtudes de nuestra Santa.

Hallándose Cita en el humilde estado de criada, desde luego se persuadió á que la verdadera virtud consistia en cumplir perfectamente con las obligaciones de su estado; y á esto se aplicó con el mayor empeño. Levantábase siempre al despuntar el dia; y mientras los demás dormian, ella oraba; cuidando de tener ya oída misa todos los dias antes que fuese hora de dar principio á los oficios de la casa.

Como era muy advertida y de mucha capacidad, prevenia de ordinario con anticipacion todo aquello que la tocaba hacer. Segun su aplicacion, parecia que no pensaba en otra cosa que en las que eran de su oficio: con todo eso la era sumamente familiar la presencia de Dios, y tenia para ella indecibles atractivos.

Siendo humilde, mortificada, laboriosa y obediente, ¿quién no diria que habia de ser muy estimada de todos cuantos la conociesen y tratasen? Con todo eso permitió Dios que por algunos años fuese bien ejercitada. A su circunspeccion la llamaban



STA. CITA V.



simpleza ó brutalidad; y la gran diligencia que ponía en prevenir todo lo que era de su cargo, la atribuían á vanidad y á deseo de sobresalir entre las demás. Nunca acertaba con cosa que fuese del gusto de su ama, cuya antipatía se aumentaba con los malignos chismecillos que la iban á contar los demás criados. Si éstos faltaban ó se descuidaban en algo, la culpa siempre cargaba sobre nuestra Santa. Censuraban su silencio y su devoción; hacían chacota de su delicadeza de conciencia y de su puntualidad; su moderación los enfadaba, y hasta su vida austera y penitente les era pesada. Hallándose Cita tan despreciada, tan aborrecida, tan recargada, y tan injustamente maltratada, nunca se desmintió á sí misma, siempre igual, siempre serena, siempre apacible y siempre oficiosa; jamás salió de su boca ni la mas mínima queja. Una virtud tan probada y tan constante se descubrió en fin á pesar de la emulación, de la antipatía y de la malignidad. Conocieron los amos y conocieron los criados el tesoro que tenían en su casa, y todos hicieron justicia á su virtud y á su mérito.

La prueba mas insufrible de todas para ella, fué esta repentina mudanza de ánimos y de corazones en su favor. Como era tanta su ansia de padecer y de ser humillada, se persuadió á que esta novedad era castigo de Dios; y llegó á afligirse tanto con este pensamiento, que habiéndose lo conocido su ama, afectaba de cuando en cuando reñirla para consolarla.

Era enemiga mortal de la ociosidad, por lo cual siempre estaba ocupada, tanto, que en casi sesenta años que estuvo en aquella casa, jamás la vieron sin alguna labor en las manos. Acostumbraba decir, que las principales prendas de una criada cristiana eran el temor de Dios, la fidelidad, la humildad y el amor al trabajo. Ninguna criada, decía, puede ser virtuosa, si no es trabajadora; una virtud holgazana, especialmente en las que son de nuestra esfera, es una falsa virtud.

La tierna devoción que profesó desde su infancia á la Santísima Virgen, no solamente la inspiró un extraordinario amor á la pureza, sino que la mereció el don de esta virtud. En este particular no es fácil explicar hasta qué punto llegaba su delicadeza; jamás miró á hombre alguno á la cara. Nunca se alivió de ropa, ni aun en medio de los mas abrasados calores del estío; nunca se la levantó, ni aun cuando tenía que hacer los oficios mas penosos ó menos limpios de la casa, temiendo aparecer con menos decencia, modestia y compostura. Habiendo en cierta ocasión tenido atrevimiento un criado para decirle no sé qué palabras descompuestas, se horrorizó tanto, que hubo de caer des-



mayada; y ya iba á salirse de la casa, si en la misma hora no hubiera sido despedido de ella aquel atrevido.

Conservó esta delicada virtud á favor de una rigurosa mortificación y penitencia. Era grande su abstinencia; ayunaba todo el año y casi todos los dias á pan y agua. Andaba con los pies desnudos, aun en el mayor rigor del invierno, y dormía sobre la dura tierra, ó algunas veces sobre unos sarmientos. No se sabía como podía vivir con tan poco alimento, con una vida tan penitente; pero creció la admiración cuando despues de muerta encontraron su virginal cuerpo rodeado de un cordel que se entraba dos dedos en la carne. Semejante instrumento de penitencia, en quien estaba siempre en un continuo trabajo, era muy áspero tormento.

Habianla permitido sus amos que en el discurso del año hiciese algunas devotas peregrinaciones, bastantemente distantes y dificultosas; siempre las hacia á pié y en ayunas. Como los menesteres de la casa no la hubiesen dado lugar una vez para salir por la mañana á visitar el santuario del santo Angel, que se venera en un monte á dos leguas de Luca, quiso ir por la tarde; y mostró Dios cuan grata le era esta devoción con el prodigio de hallarse Cita milagrosamente trasportada á dicho santuario.

Dotada de un don sublime de oración, todo el dia estaba trabajando, y todo el dia estaba orando, porque ni el trabajo interrumpia la oración, ni la oración era estorbo al trabajo. Abrasada del fuego del divino amor, se la oía esclamar incesantemente dia y noche: *Si, divino Esposo mio, yo os amo*. Habia fabricado una especie de celdilla en el rincon mas retirado de la casa, á la cual solia ir de cuando en cuando á pasar toda la noche en contemplación; y depusieron los demás criados que muchas veces habian visto esta celdilla rodeada de un brillante resplandor y claridad.

Como un dia se hubiese dejado llevar de su fervor mas de lo acostumbrado, se acordó, aunque ya algo tarde, que tenia que amasar: dejó su devoción, y corrió prontamente á reparar su falta; pero ya Dios la habia remediado, porque encontró amasado el pan, y en disposición de poderle meter en el horno; manifestando el Señor con semejantes y frecuentes prodigios la santidad de su sierva.

Correspondia su humildad á todas las demás virtudes. Estaba tan penetrada del bajo concepto que formaba de sí misma, que se admiraba como no la despreciaban todas las criaturas, y como podía sufrirla la tierra sobre sí. Respetaba á los demás

criados como si todos fueran sus amos; apenas abrian la boca cuando eran obedecidos sin réplica y sin dificultad. Ciertas señoritas de poca edad, amigas de su ama, sabiendo su pronta obediencia, tenían gusto, solo por divertirse y por probarla, de enviarla con recados supuestos á un paraje distante media legua de la ciudad, cuando estaba lloviendo á cántaros; obedecía con puntualidad, hacia su recado, y volvía calada de agua sin quejarse.

Su apacibilidad sosegaba los ánimos mas irritados. Cuando su amo estaba colérico, solo con que Cita se dejase ver y le dijese una palabrita, desarmaba su cólera. Algunas veces se echaba á sus pies para interceder por los otros.

Pero la mas sobresaliente de todas sus virtudes fué la caridad. No puede esplicarse á qué grado llegó en ella esta generosa virtud; era sin límites su compasión con los pobres, con los afligidos y con todos los atribulados. Comunmente se cree que uno de los motivos que tuvo para ayunar casi siempre á pan y agua, fué por tener mas para dar limosna, pues nunca daba nada sin licencia. Viendo su amo que los bienes parecia que se multiplicaban en sus manos, la dió amplia licencia para que diese la limosna que le pareciese; usó de ella con liberalidad, pero con discreción, y Dios la autorizó muchas veces con milagros.

En tiempo de hambre, habiendo gastado todo el dinero que la dieron sus devotos, y habiendo apurado tambien toda la panera de su amo, se la llenó presto Dios; porque volviendo á ella para recoger algunas pocas de legumbres, y algunos puñados de grano que habian quedado, la encontró mas llena que estaba antes que se abriese para la limosna. En cierta ocasión llegó á ella un pobre forastero, y la pidió un traguito de vino por amor de Dios; afligióse porque no lo tenia, pero llena de confianza acudió á un pozo que estaba cerca, sacó una jarra de agua, que milagrosamente se halló convertida en un excelente vino. Hasta el dia de hoy se conserva este pozo, y se llama el pozo de Sta. Cita.

Nunca tuvo mas muebles que el vestido que traía puesto, porque todo se lo daba á los pobres; y cuando la reprendían por esto, respondia: *¿Pues qué? pídemelo Cristo limosna en la persona de sus pobres, ¿y habia yo de tener corazón para negársela?*

Una noche de Navidad, en que era excesivo el frío, la presentó su amo una capa aferrada, mandándola que usase de ella; pero que en todo caso la volviese. Al entrar en la iglesia vió á un



pobre medio desnudo, y todo transido de frio; no hubo menester mas ruegos para echarle al punto la capa aforrada sobre las espaldas; pero acabada la misa, al entrar en casa el pobre la restituyó la capa, y desapareció.

Del mismo principio nacia su inclinacion natural á escusar las faltas de todos. Jamás se la oyó hablar mal de nadie; quanto hacian los demás era bueno, era loable; solo ella, en su entender, estaba llena de miserias y de faltas.

Hallándose dotada de tantas virtudes, y sobre todo abrasada de tan perfecta caridad, no es maravilla que fuese favorecida con los mayores dones sobrenaturales, y singularmente con el don de milagros. En la misa y en la comunión la vieron muchas veces toda bañada en aquellas dulces lágrimas que los consuelos interiores, anticipados destellos de la gloria, hacen derramar á los santos, acompañadas no pocas veces de admirables éstasis. Solo con ver alguna imágen de la santísima Virgen, á quien llamaba su madre, bastaba para experimentar en sí los mismos efectos; y ocupada toda su alma en Dios los últimos dias de su vida, era esta una oracion continua.

A tan alto grado de perfeccion habia llegado, cuando quiso el Padre de las misericordias recompensar con la gloria eterna á su fiel sierva. Cayó mala; y aunque parecia ligera la enfermedad, quiso recibir los sacramentos. Hizolo con tanta devocion, que la infundió en todos los circunstantes. Ninguno se persuadía á que hubiese de morir con tan ligero mal; pero ella estaba mejor instruida que todos de su postrera hora. Con efecto, al quinto dia de su enfermedad espiró entre fervorosos actos de amor de Dios, en los cuales se habia ejercitado toda la vida; y fué su muerte el dia 27 de abril del año 1272, á los setenta de su edad.

El mismo dia de su muerte manifestó Dios la santidad de aquella bienaventurada doncella; dejóse ver sobre la casa donde acababa de espirar un resplandor maravilloso, y los niños de toda la ciudad comenzaron á gritar: *Ya murió Sta. Cita*. Fué prodigioso el concurso del pueblo á venerar el santo cadáver, y las exequias parecian un magnifico triunfo. Venérase su cuerpo en la iglesia de S. Frigidiano, y se conserva hasta el dia de hoy sin corrupcion. Cuéntanse mas de ciento y cincuenta milagros juridicamente aprobados, con mucho mayor número de ellos que obra cada dia el Señor por la intercesion de esta Santa.

El año de 1580 se abrió la sepultura, y se halló entero el santo cuerpo. Colocáronle en una rica caja para satisfacer á la devocion del pueblo; está todo él cubierto con una ropa de bro-

cado de oro; y la cara y manos, que se ven por un cristal, pudieran persuadir que aun está vivo. Leon X dió licencia para que en la iglesia de S. Frigidiano se rezase con oficio doble de nuestra Santa, á la cual profesa singular veneracion toda la ciudad de Luca.

#### SAN ANASTASIO, PAPA.

**E**L glorioso y santo padre Anastasio, primero de este nombre, fué de nacion romano: su padre se llamó Máximo. Fué elegido en sumo pontífice, imperando Graciano, y sucedió en la silla apostólica á S. Ciricio. Tuvo el sumo pontificado trece años, diez meses y veinte y cinco dias. Constituyó que los sacerdotes no estuviesen sentados, sino en pié ó inclinados, cuando se leyese ó cantase el Evangelio en la iglesia, y que ningun peregrino, mayormente si era trasmarino, fuese admitido á la clerecía si no traia fe, de quien era sellada y firmada de cinco obispos. Esto mandó por los Maniqueos, que entonces eran muy estimados en Africa, y para corromper á los católicos enviaban muchos de los suyos á diversas partes, donde pudiesen sembrar sus herejías. Constituyó tambien que los débiles, ó mancos, ó cualesquiera otros, que careciesen de algun miembro, no fuesen clérigos. Consagró la iglesia llamada Crescentina en la region segunda, en la via Mamertina. Hizo dos veces órdenes por el mes de diciembre, y ordenó en ellas ocho presbíteros, cinco diáconos y diez obispos; y habiendo servido al Señor fielmente (porque no fué digno el mundo de gozarlo mucho tiempo, como dice S. Jerónimo, su contemporáneo; pues fué hecho pontífice por su gran santidad y pobreza apostólica, á los setenta años y mas, de su edad; y tambien porque en su tiempo no viese rendida á la siempre triunfante Roma, señora del mundo) pasó de esta presente vida, á tomar posesion de la eterna, á los 27 de abril, por los años del Señor de 402, imperando el dicho Graciano segun algunos, ó segun otros Arcadio y Honorio. Su santo cuerpo fué sepultado en el cementerio de S. Pedro, junto al Oso Pileato, y estuvo por su muerte vacante la silla apostólica veinte y un dias.

Qué de veces ha dejado Dios de castigar muchos y malos pecadores por solo un justo á quien ama y quiere tanto su Majestad, que solo por no darle un disgusto y hacerle un agrado deja de castigarlos; y si llegan las maldades de los hombres á ser tantas, que ya no puede dejar de enviarles el castigo, quita de en medio al justo y se lo lleva para sí, solo á fin de que no



lo vea. Abunda la Escritura sagrada, y divinas historias de ejemplos de lo dicho, y en la presente vida del glorioso San Anastasio tenemos á la vista uno bien raro. Habian llegado los pecados de los hombres ciudadanos de Roma, señora del mundo, á tal estado de malicia, que ya Dios determinó castigarlos, quitándoles el dominio, y haciéndoles de señores siervos de sus enemigos: suspendia el castigo, porque amaba á su vicario y gran siervo Anastasio; pero cuando ya su ira (digámoslo así) no pudo mas sufrirlo, por eso se resolvió á castigarlos, y para hacerlo, sin darle el menor pesar y sentimiento á su amado Anastasio, ¿qué hizo? Quitólo antes de en medio: llevóselo á gozar de su eterna gloria; y luego envió los godos, que castigasen á los romanos; ganándoles su ciudad, haciendo esclava á la señora del orbe, abrasándola, destruyéndola, y haciendo en ella á sus habitantes tal estrago, que si es compasion referirlo, ¿qué seria mirarlo? Pidamos todos á Dios, nos libre de ofenderle, para que no irrite su divina justicia; y para conseguirlo, será buen medio valernos de la intercesion de su vicario y amado siervo el bendito S. Anastasio, con quien le gocemos en la gloria. Amen.

*La Misa es del comun de confesor no pontífice, y la oracion es la siguiente:*

Oye, Señor, benignamente del que tanto te agradó, lo que las súplicas que te hacemos en la solemnidad de tu glorioso confesor, S. Pedro, para que consigamos por la intercesion

del que tanto te agradó, lo que no podemos esperar de nuestros merecimientos. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

*La Epistola es del cap. 4 de la primera á los Corintios.*

Hermanos: Estamos hechos espectáculo del mundo, de los ángeles y de los hombres. Nosotros reputados necios por Cristo, y vosotros quereis ser prudentes en Cristo: nosotros débiles, y vosotros fuertes y nobles, mientras nosotros viles. Hasta ahora padecemos hambre, sed, desnudez, bofetadas, sin mansion fija, y trabajando con nuestras propias manos:

nos maldicen, y bendicimos: nos persiguen, y sufrimos: nos blasfeman, y rogamos por ellos; somos tratados hasta el presente como el asunto de la depreciacion de los mundanos, cargados de la execracion de todos. Esto escribo no para confundiros, sino para amonestaros como á mis hijos carisimos en Cristo Jesus nuestro Señor.

## REFLEXIONES.

*Nosotros somos necios por amor de Jesucristo, pero vosotros sois prudentes.* Así hablaba S. Pablo á aquellos hombres carnales, á aquellos cristianos mundanos, á aquellos presumidos espíritus fuertes de Corinto. Era visible la ironia, pero estaba muy en su lugar. ¿Y por qué no podrémos hablar en el mismo idioma á los cristianos de nuestros tiempos? *Nosotros somos necios por amor de Jesucristo*: á lo menos es bien cierto, que son reputados por tales todos aquellos que se conforman con las máximas del Evangelio. Y si no, ¿díganme con qué ojos se mira hoy en el mundo el arreglo de las costumbres, el porte ajustado, la mortificacion de los sentidos, el recogimiento interior, la modesta compostura, el retiro del bullicio? A la devocion se la trata de apocamiento de espíritu, y se llama escrúpulo la delicadeza de conciencia. Mirase con cierta especie de lástima á los que siguen el camino que nos dejó señalado Jesucristo. Los aplausos y la estimacion, se reservan para los mundanos: parece, que solo en el espíritu del mundo se halla recogido el buen juicio y la razon. La profanidad, la brillantéz, los resortes de las pasiones, una fortuna sobresaliente, el amor de las riquezas, los artificios del amor propio, el reinado de los placeres: esto es lo que da mérito en el mundo. En sentir de muchas gentes la vida oscura, humilde y retirada es una verdadera desgracia, no de otra manera que si estuvieran proscritas las máximas de la religion. Veis aquí dos caminos bien opuestos; veis aquí dos espíritus bien diferentes; veis aquí dos reglas de costumbres bien contrarias. Si los hombres de mundo son prudentes, los siervos de Dios son insensatos; porque ¿puede haber mayor locura que macerar la carne, mortificar los sentidos, tener sujeto al amor propio á una perpetua servidumbre, y estarse haciendo continua violencia? Pues esta, y no otra es la doctrina de Jesucristo: es así que el mundo la condena; ¿pero quién de los dos se engaña? Si la verdadera sabiduría está en las máximas del Evangelio, el no seguir las será una insigne locura. Pero si son sabios y acertados los mundanos siguiendo una vida poco cristiana, será preciso que vayan errados los devotos y los virtuosos. Esto no admite medio. ¡Santo Dios! ¡y qué disyuntiva tan terrible! ¿Habrá quien tenga osadía para decir que los santos lo erraron, siguiendo las máximas del Evangelio? Luego es muy cierto que los que no las siguen van descaminados. Hombres carnales, mujeres mundanas, espíritus disipados, disolutos de profesion, corazones profanos,



¡qué dignos sois de compasion en vuestros lastimosos descaminos! Haced, haced ostentacion de vuestra vanidad; preconizad vuestras escandalosas máximas; triunfad en vuestra conducta licenciosa; sostened con fiereza vuestra irreligion; nada estimeis sino vuestra orgullosa mundanidad; teneos en buen hora por prudentes y por discretos: vuestra misma conducta es la prueba mas concluyente de la mas insigne locura. ¿Puede haber mayor estravagancia que forjarse un camino enteramente contrario al que el mismo Jesucristo nos dejó espresamente demarcado? ¡Oh, y cuanta verdad es que no hay otra verdadera sabiduría sino las máximas del Evangelio! Todo hombre que se condena es sumamente insensato: solo son sabios aquellos que se salvan.

*El Evangelio es del capítulo 12 de S. Lucas, y el mismo que el día 11, pág. 35.*

### MEDITACION.

#### *Del amor á los desprecios.*

PUNTO PRIMERO. — Considera que el amor á los desprecios es la prueba menos equívoca, y en rigor es la señal infalible de verdadera humildad. Engañanse no pocos teniéndose por humildes, porque conocen sus imperfecciones, y confiesan sus defectos. No basta sentir uno bajamente de sí: no es menester mas que un poco de reflexion para que cada uno conozca sus miserias y sus nulidades, con otro poco de entendimiento para condenarlas. Solamente los simples dejan de discernir las sombras. La estimacion de sí mismo es vicio de almas bajas y de entendimientos vulgares: un entendimiento despejado y noble, descubre con claridad todos sus defectos, y no se los disimula. Pero este conocimiento especulativo de ninguna manera constituye el carácter de la verdadera humildad. Es esta una virtud moral, que ni consiste, ni reside precisamente en el entendimiento, sino principalmente en la voluntad, domicilio y asiento de todas las virtudes cristianas. Para ser verdaderamente humildes es menester lo primero sentir bajamente de sí, y lo segundo desear que los demás sientan lo mismo, y no nos tengan por mejores de lo que somos. No hay mayor injusticia que exigir de los otros que estimen de nuestras personas aquello que nosotros mismos juzgamos digno de desprecio. ¿A quién le puede parecer mal que no sea estimado aquello que Dios condena, y que nosotros mismos condenamos? Ser verdaderamente humilde sin desear verdaderamente ser hu-

millado, no puede ser. Ya que el amor á los desprecios no sea sensible, ya que los sentidos y el amor propio se opongan á él, por lo menos debe ser aplaudido por la razon, así como lo es siempre por la religion. Humildad sin humillaciones siempre es sospechosa. Bien puede uno ser humillado sin ser humilde; pero es imposible desear serlo sin verdadera humildad. El mérito de los primeros cristianos y de los religiosos, consistió en vivir abatidos, humillados y despreciados del mundo. El original de aquellas ilustres copias fué el ejemplo de Jesucristo. La misma humillacion, el mismo desprecio puede ser dudoso, pues ninguno hay que no sea capaz de practicar el amor propio, siendo cierto, que entre todas las pasiones la mas cómica y la mejor representante es el orgullo, el cual se sabe fomentar hasta de las humillaciones y de los desprecios mas aparentes; pero el amarlos y el desearlos no puede ser sin verdadera humildad.

¡O mi Dios! ¡y qué poco se conforma esta doctrina con el gusto del mundo! La mayor parte de los devotos nada siente, nada aborrece tanto como la humillacion. Solo se busca una virtud aplaudida: los desprecios alteran y turban el corazon; ¿pero será muy castiza la virtud que se acomoda tan mal con ellos?

PUNTO SEGUNDO. — Considera, que la humillacion es constitutivo esencial de la penitencia, porque todo pecador verdaderamente contrito desea ser humillado. Es cierto que las humillaciones oscuras y mudas, las secretas y las interiores son antidoto excelente para conservar la virtud; pero no son absolutamente incompatibles con cierta oculta vanidad que roe y despedaza todo aquello que no nos humilla á los ojos de los hombres. Es nuestro orgullo un enemigo doméstico que se esconde, que se atrinchera, y que tal vez finge huir ó rendirse en las ocasiones; mas en la realidad ninguno le doma enteramente sino las humillaciones públicas, y los desprecios ruidosos. Desengañémonos, que solo con desprecios se fortifica la humildad. ¡Ay, Dios mio! y que poquitos son los que dicen de corazon con el profeta David: *Bueno es, Señor, para mí que me has humillado, porque de esta manera aprenderé á guardar con fidelidad tu santa ley.* ¡Ah! que solo el amago de una humillacion, de un abatimiento público nos estremece. Hasta las personas que hacen profesion de virtud desean ser humildes, pero no humilladas. La humillacion entibia al fervor, pone tedio á la virtud; entra despues la sequedad, y apodérase la amargura del corazon. En acabandose el aplauso se acaba la virtud: prueba evidente de que era superficial y bastarda. Ennoblecíó Cristo la humillacion despues que él mismo se